



1

XANDER

Dicen que ser una estrella de la NFL es el sueño americano. Que consigues todo lo que cualquiera querría: fama, dinero, mujeres, poder.

Mentira.

¿Sabes lo que no te cuentan? Que todos esperan que seas perfecto. Que sonrías para las cámaras, que firmes autógrafos después de un partido de mierda, que no te cagues en el mundo aunque tu hombro esté hecho polvo y no hayas dormido más de tres horas.

Y ahora resulta que quieren ponerme un cuidador.

Llego al vestuario y abro mi taquilla. Miro una foto mía de cuando tenía tres años, con mi padre, y le pido paciencia.

Sé de sobra que no me estoy comportando de la mejor manera. Me han echado mucha presión encima y demasiados ojos pendientes de mí. Tampoco veo normal que me saquen una novia cada tres días. ¿Salgo con chicas? Sí, pero nada que ver con lo que pintan de mí en las noticias o en las redes sociales. La última fue una fan loca a la que ni siquiera conocía, pero se engancho a mi cuello a la salida de un hotel y ya fue suficiente para salir en todos los titulares.

No es la imagen adecuada que quieren de mí para el equipo, pero también sé que les hago falta. Lo que no me esperaba era la

llamada de mi entrenador anoche antes de irme a dormir para decirme que debía hablar conmigo hoy, que era importante, que me iban a buscar a alguien que me ayudase a llevar la situación.

Así que cierro la taquilla y salgo del vestuario directo al despacho del míster. Encima la máquina de café está rota. ¿Puede empezar peor el día? Solo quiero que acabe esta charla, sea la que sea, para irme al gimnasio a descargar la tensión. Además tengo que hablar con Chase, mi mejor amigo, porque vamos a organizar la fiesta del finde. Empieza la temporada, y si voy a acabar con un cuidador, me hace falta no una fiesta, sino «La Fiesta». La idea de llevar a alguien pegado al culo todo el día me desagrada muchísimo. Solo me queda la esperanza de convencer al míster de que puedo cuidarme solo y hacer las cosas mejor, pero obviamente no me cree.

—Te lo digo en serio, Xander —gruñe el míster mientras me lanza ese sermón que repite cada maldito lunes—. El equipo necesita estabilidad y tú también. Por eso hemos contratado a alguien para que te ayude.

—¿Alguien que me sujete la mano mientras lanzo el balón? ¿O que me limpie el sudor entre jugada y jugada?

El entrenador se mantiene inexpresivo. Ni siquiera pestañea. ¿Estará respirando? A veces pienso que es un robot.

—Es una asistente personal. Estará encima de ti, organizando tu agenda, asegurándose de que llegas a las reuniones, a los entrenamientos, a las entrevistas. Y ya está contratada. Se llama Gia y empieza hoy.

—Ah, ¡sí! Una niñera, genial. Perdón si no me ves saltando de alegría. —Me dejo caer en la silla con los brazos cruzados y juego con un bolígrafo—. ¿Me va a poner un babero también?

—No me importa cómo lo llames. Solo está para ayudarte: si te comportas como debes tú solito, no va a agobiarte.

Genial. Otra persona más diciéndome qué hacer, qué decir, cómo actuar. Como si no llevara años cargando con este puto equipo sobre mis hombros...

Me levanto, tiro el bolígrafo sobre la mesa y me largo dando un portazo.

Cuando salgo de la reunión, mi humor está aún peor que cuando entré. Necesito un café. Y aire. En ese orden. Giro la esquina hacia el pasillo que lleva a la salida, sin prestar atención a nada ni a nadie de mi alrededor; solo pienso en salir.

Pero parece que la vida se está riendo de mí y me choco contra alguien.

—¡Oh! Perdona, no te había visto... —dice una voz femenina, dulce y suave.

Bajo la cabeza. Y la veo.

Morena. Pelo largo y ondulado, como recién salido de un maldito anuncio de champú. Ojos marrones tan oscuros que parecen tragarse la luz. Con una sonrisa forzada a ser educada, en unos labios carnosos que, joder, me gustan.

—¿Estás bien? —pregunta, con una amabilidad que me desconcierta.

No, no estoy bien. Pero no pienso decirlo. La miro de soslayo y noto cómo arquea una ceja.

—Soy... soy Gia Clarke. —Extiende una mano hacia mí, mientras sus mejillas se tiñen de rojo—. Un placer.

Mierda.

Sin responder, le doy la espalda y me voy. No me apetece ser encantador ni fingir. Ya bastante hago lidiando con los gilipollas de mi equipo y con los focos. No pienso sumar un problema más a la lista.

Cuando me alejo, noto su mirada clavada en mi espalda. Esa mezcla de sorpresa y decepción que ya he visto mil veces.

Perfecto. Ya sabe quién soy. Un completo idiota.

Justo lo que quería.

Salgo por la puerta principal y respiro hondo. ¿Una asistente?

¿Una maldita niñera vestida de secretaria que me va a decir qué hacer, a qué hora levantarme y cuándo entrenar, como si fuera un crío? Que se jodan. Yo no necesito a nadie que me vigile. Y mucho menos una pija de voz suave que aparece en el vestuario con una sonrisa de catálogo y pretende que le dé la bienvenida.

Gia Clarke.

Bonito nombre. Para ser alguien que ya me está tocando los cojones.

Tiene esa mirada que parece que lo ve todo..., como si supiera exactamente lo que estás pensando. Y no me gusta. No me gusta sentirme observado, ni juzgado. Bastante tengo con la prensa, con los gritos del míster y con el jodido equipo arrastrándose como si estuviéramos en pretemporada. No me hace falta una chica metida en medio, tomando notas cada vez que enarco la ceja o si llego dos minutos tarde.

Y lo peor no es eso. Lo peor es que es guapa. Muy guapa.

Pero no una guapa cualquiera. Tiene ese tipo de belleza que jode. Que te distrae. Que te mete ideas en la cabeza que no deberían estar ahí.

Y lo sabe. Se mueve como si no le importara llamar la atención, como si supiera que todos la están mirando..., pero no te da el gusto de saber si ella se fija en ti. Jodidamente irritante.

Encima va y me suelta «*Un placer*».

¿Un placer? Claro. El placer será mío... el día que cojas tus carpetitas y te largues por donde viniste.

Y aun así, hay algo que no me cuadra. Esa forma de clavar la vista en mí cuando le he dado la espalda.

No ha sido sorpresa. No ha sido decepción.

Ha sido como si ya supiera que yo iba a ser un imbécil. Como si se lo esperara.

Y por alguna maldita razón, eso me cabrea más de lo que debería.

Café en mano, por fin. Marco el número de Chase. Necesito desahogarme con alguien, y él tiene toda la paciencia que me falta a mí.

—¿Qué cara es esa, Cole? —pregunta Chase; se coloca la gorra hacia atrás y me lanza una botella de agua como si acabáramos de salir de entrenar, cuando lo único que he hecho hoy es cabrearme.

—¿Te acuerdas de lo que dijo el míster la semana pasada?

¿Que iban a tomar «medidas internas» para controlar mi actitud?
—pregunto, serio.

—Ajá... —Chase alza una ceja con ese aire despreocupado suyo—. Pensé que te iban a poner más multas o algo.

—Ojalá. —Me siento en un banco y apoyo los codos en las rodillas—. Lo que me han puesto es una asistente personal.

—¿Qué? —Suelta una carcajada tan fuerte que un par de *rookies* que pasan por el pasillo giran la cabeza—. ¿Una niñera para ti solito? Joder, colega, eso es oro puro.

—Sí, descojónate. —Se sienta a mi lado—. Es una tipa que va a estar todo el día encima de mí. Programas, entrevistas, entrenamientos, revisiones... Dice el místico que me va a «organizar la vida».

—A lo mejor lo que te viene bien es que alguien te organice algo más que los horarios, cabrón. —Me da un codazo sin dejar de reírse. Está claro que le he alegrado la mañana a este capullo.

—Vete a la mierda —gruño; abro la botella de agua y le doy un trago largo—. Y lo peor no es eso. Me la he cruzado saliendo de la reunión; de hecho, me he chocado contra ella.

—¿Y qué? ¿Típica friki con gafas y agenda en mano?

Sinceramente, ojalá fuera una friki que pasase totalmente desapercibida. Porque no sé qué coño tiene esa tía, pero me ha bastado un cruce de palabras para saber que va a ser un dolor de cabeza. Con esa mirada de chica lista, de las que no se tragan tus tonterías aunque vengas con tu mejor sonrisa. Aunque yo ni se la he enseñado aún. No me ha hecho falta para que me calara igual.

Gia Clarke. No paro de escucharlo en mi cabeza. Como un reloj de cuco estropeado. De verdad, qué nombrecito de mierda perfecto para una chica como ella. Elegante, afilado, como si te besara y te cortara al mismo tiempo.

No quiero jugar a esto. Pero sé que acabaré haciéndolo. Porque es lo que hago. Porque cuando algo me atrae, me cuesta no tocarlo. Aunque luego me queme.

—No. Eso es lo jodido. Es guapa, tío. De esas que sabes que son un problema con piernas desde el minuto uno... —Suspiro al terminar la frase.

—Esa no te la esperabas, ¿eh? —Noto cómo contiene una carcajada—. ¿Y tú qué has hecho?

—Nada. Me ha soltado «Un placer» con una sonrisita de chica educada y yo me he ido sin decirle ni una palabra. —Me tiro lo que me queda de agua por el cuello.

—¿Otra vez con tu encanto natural? Eres la hostia.

—Es lo que hay. —Me encojo de hombros—. No quiero que se piense que esto va a ser fácil. No va a ser mi amiga, ni mi colega ni mi terapeuta emocional. Si ha venido a ponerme la correa, que se prepare, porque pienso darle por culo cada minuto.

—¿Literalmente? —Se vuelve a descojonar. A veces dudo que sea mi amigo—. La verdad, pienso que te esfuerzas demasiado por parecer un capullo —dice Chase entre risas, y se pone de pie—. ¿Y si resulta que te cae bien?

—No me va a caer bien.

Chase me coge del brazo para levantarme.

—¿Y si está buena?

—Ya te he dicho que lo está.

Aunque tampoco he tenido tiempo de fijarme bien. Pero solo con su olor dulce... se me remueve algo por dentro.

—Entonces, estás jodido. —Se echa a reír y me da un codazo bastante fuerte en el brazo. Lo fulmino con la mirada, pero él solo se ríe más fuerte—. Escucha, Xand..., trata de no liarla desde el primer día, ¿vale? Ya sabes cómo está el equipo, los medios, la directiva. Lo último que les hace falta ahora mismo es otra «historia con Xander Cole».

Ufff, cuando se pone modo padre no hay quien lo aguante.

—Yo no soy una historia —murmuro, apretando la mandíbula—. Solo soy una persona con vivencias... —le echo un vistazo— curiosas.

—Ya, don Curioso, pero a veces te comportas como si fueras el puto protagonista de una telenovela. —Me observa más serio de lo que deseo ahora mismo.

—Y tú como el secundario gracioso que muere en la primera temporada —le espeto.

Chase me empuja de broma por el hombro y seguimos andando.

Pero por dentro... no puedo dejar de pensar en ella.

Gia.

La niñata nueva con labios bonitos y expresión desafiante.

Tengo el presentimiento de que sí que me va a tocar los cojones.

Y también el de que... me va a gustar.

Debía soltar todo esto.

Las palabras, los pensamientos, la tensión que me ha estado apretando el pecho desde la reunión de esta mañana. Chase ha intentado distraerme, bajarme los humos con su buen rollo, pero ni siquiera él ha conseguido calmarme esta vez. Así que voy al único lugar donde consigo acallar todo: el gimnasio.

Los golpes secos de mis puños contra el saco llenan el silencio. Uno, dos, tres, directo, gancho, directo. Respirar. Sudar. Repetir.

Una gota me resbala por la frente cuando la puerta se abre de golpe.

—¡Ey, Cole! —La voz de Tanner retumba por todo el gimnasio—. ¿Estás entrenando para pelear o para follar?

Me giro lo justo para verlo entrar con Brody y Malik, todos de buen humor, riéndose entre ellos, como siempre. Maldita sea. Justo lo que no necesitaba: sus putas bromas en estos momentos.

—Mira la cara que lleva. Joder, ¿quién te ha escupido en el café esta mañana? —bromea Brody, lanzándome una toalla que dejo caer al suelo—. Te juro que esta vez no he sido yo.

—Este no quiere café, solo meterla —dice Tanner, riéndose, mientras se cuelga su toalla al cuello—. Lleva más de setenta y dos horas en sequía y ya se está volviendo loco.

—La polla le está mandando señales de socorro, tío —añade Malik, con una risa de fondo—. Está implorando por un coño, y el cabrón la ignora.

La verdad es que en otro momento hasta me habría unido a los chistes, pero hoy me están tocando los cojones entre todos.

Me giro tan rápido que hasta el saco de boxeo casi se balancea por la ráfaga de aire. El sudor se me escurre por las cejas, los puños me arden, y esa broma ha sido la gota que colma el puto vaso.

Me acerco tanto a su cara que nuestras respiraciones parecen una sola. Se quedan todos en silencio.

Pero de repente mi móvil empieza a vibrar.

—Salvado por la campana, Malik. A dar diez vueltas al campo. Ahora. —Respiro hondo.

—¿Qué? —Se quedan todos sorprendidos, pero yo no aparto los ojos de Malik.

—Que te vayas a correr antes de que te saque a hostias —gruño, y miro a los demás como si pudiera fulminarlos y dándoles a entender que se larguen todos.

Malik levanta las manos en señal de rendición, y sale trotando al tiempo que murmura algo que no quiero oír. Los demás lo siguen.

El móvil sigue vibrando en mi bolsa. Me paso la toalla por la cara y el cuello y voy a por él. Necesito un puto respiro.

Pantalla iluminada. Número desconocido.

Deslizo para contestar.

—¿Diga?

—Hola, ¿Xander Cole? Soy Gia Clarke, tu nueva asistente...

—Sé quién eres —la corto, seco como una bofetada—. ¿Qué quieres?

Hay un breve silencio al otro lado de la línea, como si intentara procesar mi tono. Y juraría que la escucho tragar con dificultad.

—Mmm, vale. Bueno —dice con un tono de completa indiferencia. ¡Aj! Esta tía me pone de los nervios—, solo te llamaba para ver si podríamos concretar una cita para mañana por la mañana. Así me dejas tu calendario de entrenamientos y partidos y te puedo organizar...

Una vez más no le permito acabar.

—Genial. Gia, ¿verdad? —Me seco otra vez la cara con la toalla—. Me pillas ocupado y no tengo tiempo de hablar ahora. Ya te mandaré un mensaje con la hora y el lugar.

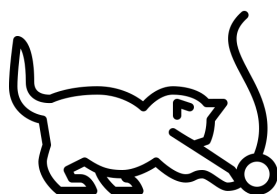
Y cuelgo.

Sé que iba a decirme algo más, probablemente algo educado, y quizá hasta útil. Pero no me apetecía oír ni una palabra más de

su boca. Ahora no. Cuando su cara sigue clavada en mi memoria como una espina, y no sé por qué me jode tanto.

Agrego su número al móvil, demasiado rápido. Aunque solo con su nombre. Gia. Ni *emojis*, ni apellidos ni mierdas. Como algo pasajero que espero que no dure. Solo eso. Lo suficiente para tenerla localizada. Aunque hay algo que me dice que no la guarde...

Y lo peor es que, por dentro, una parte de mí también se está preguntando qué coño me pasa.



2

GIA

—¿Este tío es gilipollas o se entrena para ello? —murmuro, fulminando la pantalla del móvil con la vista.

Xander Cole acababa de colgarme el teléfono sin más, cortándome a mitad de frase como si yo fuese una llamada de *spam*. Ni un «gracias», ni un «nos vemos» ni una mierda de cortesía básica. Nada. Solo su voz borde y seca, y después ese pitido final que deja claro que la conversación ha terminado. Por decisión suya, claro.

Suelto un bufido, tiro el móvil al asiento del copiloto y me paso una mano por la cara. Estoy en mi coche, aparcado frente a una cafetería del centro, y por un momento me quedo mirando por la ventanilla, procesando la llamada más corta y desagradable que he tenido en semanas.

—Bien, Gia..., respira hondo —me digo, aunque el nudo en el estómago no se deshace. Arranco el motor y pongo rumbo a mi casa. Necesito achuchar a mi mimado gato naranja.

Pero mientras los semáforos cambian y el sol empieza a colarse entre los edificios, mi cabeza regresa inevitablemente a la mañana de hoy.

Todo ha empezado con esa reunión en las oficinas del club. Me habían citado a las nueve y media, y yo, puntual como una

condena, he llegado incluso antes. Me han presentado al cuerpo técnico, al jefe de operaciones y al entrenador principal, al que todos llamaban simplemente «el místico».

—Queremos que seas los ojos, la cabeza y el control de Xander Cole —me ha dicho el místico, sin preámbulos.

—¿Perdón? —he respondido, un poco incrédula.

—Has oído bien. Ese chico necesita estructura y límites y alguien que le recuerde que no está por encima de todo. Lo han consentido demasiado porque es bueno en el campo, pero fuera de él... es un puto caos.

Yo me he limitado a asentir, intentando mantener la compostura, aunque por dentro solo pensaba: *Genial, me ha tocado ser la niñera del quarterback estrella con complejo de Dios*. Aunque luego recordaba el contrato y lo que me iban a pagar y se me pasaba; un poco al menos.

—Tu trabajo será gestionar su agenda, sus compromisos, sus entrenamientos alternos, su nutrición, sus reuniones con la prensa, y lo más importante, asegurarte que cumple —ha explicado con seriedad—. Y cuando digo asegurarte, me refiero a que no le quites los ojos de encima: Xander es muy escurridizo, y hará lo posible por que lo pierdas de vista.

Después de ese resumen glorioso y motivador de lo que iba a ser mi trabajo, hemos firmado el contrato. Me han dado acceso a los sistemas del equipo y una carpeta con toda la información actual que necesitaba de Xander. El resto lo tendría que organizar yo.

Así que, después de eso, me he ido a la cafetería del centro con el portátil y mi libreta de planificación y he pedido una taza de té americano con extra de canela.

Lo he abierto todo, me he puesto música de fondo y he empezado a trabajar en lo que sería el plan de Xander para las dos semanas próximas.

Entrenamientos, revisiones médicas, entrevistas. Le he dejado huecos para descanso y vida personal, claro..., aunque después de ese choque que he tenido con él, me han dado ganas de llenarle toda la agenda con horarios de pilates y sesiones de *mindfulness* obligatorias.

Después de un buen rato y con todo casi organizado, solo me faltaba lo más importante: hablar con él y cuadrar una reunión para ponernos al día y oír sus preferencias.

He recogido, he pagado la cuenta y me he ido al coche; prefería llamar desde ahí, más tranquila.

He marcado el número que me ha dado el mister. Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Cuatro tonos. Y he oído cómo descolgaba.

—¿Diga?

—Hola, ¿Xander Cole? Soy Gia Clarke, tu nueva asistente...

Y ahí ha sido cuando ese energúmeno me ha interrumpido como si le hubieran dado un codazo en el cerebro.

Lo que ha venido después de eso, hasta que hemos colgado, no ha sido mucho más agradable. He de decir que es bastante capullo.

Parada en un semáforo en rojo, miro mi reflejo en el retrovisor y frunzo los labios.

—Vale. Muy bien. Perfecto. Un gilipollas arrogante con cara bonita. Qué cliché más predecible —murmuro, mordéndome el labio.

Pero entonces algo en mí se ha endurecido. El tono en el que me ha hablado. La forma en que ha colgado. Esa sensación de que cree que está por encima del resto del mundo... no me era ajena.

Ya he lidiado con gente así. Con personas que consideraban que podían pisarte sin consecuencias. Que estaban convencidos de que el mundo giraba a su alrededor solo porque habían tenido suerte, talento o apellido.

Y si él quería jugar a eso..., yo también sabía. Pero iba a hacerlo a mi manera: con cabeza, elegancia y dulzura maquillada con una sonrisa.

Que no me subestime. Porque si él es fuego, yo puedo ser gasolina.

Aparco frente a mi edificio y subo a casa arrastrando el bolso, que parece pesar una tonelada. Apenas he cerrado la puerta cuando un pequeño torbellino naranja sale disparado hacia mí.

—¡Hola, Cronos! —Suelto una pequeña risa, agachándome para recogerlo en brazos—. ¿Cómo está mi rubio favorito? —Lo lleno de besos y él a mí, de pelos.

Su ronroneo es inmediato. Mi bola de pelo consentida y medio demonio con esos ojos amarillos, que siempre parece entenderme. Me da un par de cabezazos en la barbilla y luego se baja de un salto, caminando como si él gobernara este lugar. Lo sigo hasta el sofá, donde tiro el bolso, y me descalzo.

Me quedo un rato echada con mi bola, recibiendo toda la amabilidad que no he recibido en todo el día. Estos animales sanan, lo juro.

Lo bueno se acaba y tengo que ducharme, así que me dirijo al baño, abro el grifo de agua caliente y me desnudo. Me recojo el pelo en un moño. Solo espero que el agua corriendo por mi espalda pueda arrancar la tensión de la jornada. Pero no es así. Porque en el momento en el que cierro los ojos, su voz vuelve a mi cabeza.

«Sé quién eres. ¿Qué quieres?».

Tan borde. Tan seca. Tan... irritantemente masculina. ¿Cómo puede un tono de voz ser tan jodidamente atractivo y a la vez tan odioso?

Apoyo la frente en los azulejos y dejo que el agua siga corriendo. No quiero admitirlo, pero hay algo en él que me ha descolocado. No es solo su fama ni lo que me habían contado: es su energía. Esa mezcla de arrogancia, rabia contenida y algo más... Algo roto.

Me estremezco, aunque no tengo frío. *No. No caigas en esa. No empieces a analizar a un tío al que ni conoces, Gia.*

Salgo de la ducha y me pongo mi albornoz. Cronos me mira desde el lavabo, como si juzgara el caos mental en el que estoy sumida. Paso por el salón hacia la cocina y, al hacerlo, cojo el móvil del bolso.

Pantalla encendida. Cero notificaciones. Ni un solo mensaje de Xander.

Lo ha dicho claro en la llamada: *«Ya te mandaré un mensaje con hora y lugar».*

Pues genial. Aquí estoy. Esperando como una idiota. Voy a la cocina y dejo el móvil boca abajo. Me ato el cinturón del albornoz y abro la nevera. Saco un *tupper* con pasta boloñesa que me sobró de ayer y lo meto en el microondas. Mientras este hace su magia, abro el portátil y lo pongo en la isla de la cocina. Tecleo:

«Xander Cole, noticias recientes».

Los titulares aparecen en segundos, como una bofetada en la cara.

«XANDER COLE SE SALTA EL PROTOCOLO DE PRENSA TRAS LA ÚLTIMA DERROTA».

«FOTOGRAFÍAN A COLE SALIENDO DE UN CLUB A LAS 4 A. M. TRAS ROMPER EL TOQUE DE QUEDA CON EL EQUIPO».

«EL QUARTERBACK ESTRELLA DE LOS SEATTLE TITANS, ENVUELTO EN UNA NUEVA POLÉMICA AMOROSA».

«¿QUIÉN ES LA MISTERIOSA RUBIA CON LA QUE SE LE VIO EN LAS VEGAS?».

«EL TALENTO INDOMABLE DEL GOLDEN BOY: ¿GENIO O BOMBA DE RELOJERÍA?».

Paso el cursor por los artículos, uno tras otro. Fotos borrosas, flashes, rumores, poses con copas en la mano y sonrisas ladoadas que destilan confianza y cero arrepentimiento. En cada imagen, él parecía estar perfectamente cómodo en el caos que generaba.

Cierro el portátil de golpe. Cronos da un respingo y protesta.

—Lo sé, lo sé... No es culpa mía que mi nueva responsabilidad sea el protagonista de todos los dramas deportivos del país.

El microondas pita. Saco el plato y lo pongo sobre la encimera. No tengo hambre, pero necesito tener algo en el estómago si no quiero dedicarme a planear su funeral.

Mientras como lentamente, vuelvo a mirar el móvil. Nada. Ni siquiera un *«Mañana a las 10»*. Bufo.

—Muy bien, señor Cole. Si tu plan es hacerme perder el tiempo

desde el día uno, te aviso de que yo también sé jugar a eso. Pero lo hago con más clase, cariño.

Cronos maúlla para mostrar su acuerdo. Me levanto para fregar el plato, y mientras el agua corre, no puedo evitar pensar: ¿y si esto es una trampa? ¿Y si este tipo consigue hacerme perder el control?

Pero no. Otra vez no. Ya me había pasado una vez en mi vida. Y no iba a volver a permitir que nadie me arrastrara consigo. Ni siquiera él. Aunque tenga la sonrisa más jodidamente sexy del planeta.

Me aparto del ordenador con un suspiro y reposo la cabeza unos segundos sobre la mesa. Miro el móvil por octava vez en los cuarenta últimos minutos. Nada. Ni un maldito mensaje. Ni una ubicación. Ni una hora. Nada.

—Es gilipollas —murmuro mientras me froto los ojos—. Un gilipollas con abdominales de infarto, pero gilipollas al fin y al cabo.

Y no pienso perder el sentido por su cara bonita. No pienso ser una más en su lista. No voy a caer.

Agarro el teléfono con más rabia de la necesaria y busco entre mis contactos.

Marco el número de la única persona que siempre está disponible para mí. Mi mejor amiga.

Me pongo el aparato en la oreja, y espero el sonido de su voz.

—Vamos, Savannah, cógelo...

—¿Hola? ¿Sabes qué hora es, loca? —*Traidora*, pienso mientras miro la hora.

—Son las diez y media, exagerada —le reprocho.

—Para mí eso es noche profunda. Llevo toda la semana con horarios de abuela, no me juzgues.

Me echo a reír y me dirijo al salón.

—¿Cómo ha ido tu semana? —le pregunto, con la esperanza de que le haya ido mucho mejor que a mí.

—Fatal. El jefe del despacho se ha vuelto a pelear con la be-

caria nueva, el martes se cayó internet y, para colmo, mi cita del viernes tenía halitosis. ¿Tú qué tal, reina del *multitasking*?

Me dejo caer en el sofá con una manta sobre las piernas. Cronos ronronea en mi regazo, inconsciente del caos existencial de su humana.

—Pues... tengo curro nuevo.

—¿Qué? ¿Cómo que nuevo? ¿Y yo sin enterarme?

Me río soltando el aire por la nariz.

—Ha sido todo muy de repente. Es temporal, y es una locura.

—Dímelo ya. ¿Dónde, con quién, cuánto te pagan y por qué siento que me estoy perdiendo algo importante?

Al oírla juraría que se ha puesto a hablar a doble velocidad.

Sonrío. Lo necesito. Necesito esa energía.

—Estoy trabajando con los Seattles Titans. Soy la nueva asistente personal de Xander Cole. Algo así como su niñera, básicamente.

Absoluto silencio.

¿Se habrá dormido?

—¿QUE QUÉ? —grita, tan fuerte que me tengo que separar el móvil de la oreja.

—Lo que oyes.

—¡Tía! ¡¿Xander Cole?! El de las fotos en calzoncillos. El que se lio con tres modelos en un yate. El del escándalo en Las Vegas. Ese. ¿Ese Xander Cole?

—Ajá, el mismo. —Río. Joder, sí que lo tiene controlado.

—¿Y cómo es en persona? ¿Es tan guapo como en las fotos o más?

—Peor. O mejor. No sé. Es... demasiado. Alto, moreno, con cara de chulo, despeinado en plan «me acabo de levantar así de sexy sin querer»... y con unos brazos que podrían abrir una nuez con solo mirarla.

—¿Gia? —me dice con un tono bastante serio.

—¿Sí? —le respondo con la misma seriedad.

—Estás jodida

Y ahí está mi amiga.

—No. No lo estoy. —Intento sonar realista.

—Sí, lo estás. Si describes sus brazos antes que su actitud, es porque estás medio frita.

—¡No estoy frita! —me justifico—. Me ha colgado el teléfono, Savannah. Lo he llamado para coordinar la primera reunión oficial y me ha contestado como si yo fuera una puta teleoperadora.

—¿Te ha colgado? ¿Así sin más?

—Tal cual. «No tengo tiempo, ya te escribiré». Pum. Fin de la llamada.

Cada vez que lo recuerdo me dan ganas de pegarle a algo.

—Uf, qué gilipollas.

—Es lo que he pensado, sí. Y lo he dicho. En voz alta. En el coche.

Así suena hasta ridículo.

—¿Y te ha escrito ya?

No, seguramente tendré que quedarme toda la noche despierta...

Es lo que me gustaría decirle, pero obviamente eso no saldrá de mi boca.

—No. Y no pienso esperarlo toda la noche. —No sé si ha sonado muy creíble.

—Claro que sí. Solo revisarás el móvil cada cinco minutos hasta que lo haga.

Cabrona, me conoce demasiado bien.

—Eres una bruja.

—Soy tu mejor amiga.

Touché.

Suspiramos al mismo tiempo. Cronos se despereza y se va directo al cojín del sillón, como si también le hubiese aburrido ya la conversación.

—Mira, Gia. Has trabajado con gente difícil. Has lidiado con artistas caprichosos, con jefes intensos y con modelos con el ego más grande que sus currículums. Puedes con esto.

—Lo sé. Solo que, no sé, Sav... —y es verdad, no sé qué siento cuando pienso en que tengo que trabajar con Xander—, algo en él me pone nerviosa.

—Porque te gusta.

¿Y a quién no, Sav? ¿A QUIÉN NO?

—No —me limito a decir.

—Sí.

—No. —Sí...

—Gia.

—Vale, un poquito, tal vez. Pero, siendo realistas, a todo el mundo le gusta Xander.

—¡Lo sabía! —grita al otro lado del teléfono.

—Pero eso no significa nada. No pienso mezclar nada. —Y lo creo de verdad—. Esto es un trabajo, punto.

—Claro, claro..., como cuando dijiste que no ibas a volver con Ryan y acabaste en su coche dos semanas después.

—¡Eso fue distinto!

No, no lo fue. Pero es que esta chica tiene más memoria que un disco duro.

—Igualito. Lo visualizo y digo sí, es igual —me dice mientras se echa a reír.

—¡Savannah!

—Mira, cariño. No te voy a juzgar si te lo tiras, ¿vale? —No me puedo creer que lo haya soltado, la muy...—. Solo no te enamores si sabes que es idiota.

—No pienso acostarme con él. —No me van los tipos guapos y altos y morenos y con cuerpazo y con una sonrisa que tendría que ser ilegal.

—Ajá. ¿Y cuándo te vea con ese vestido negro que te queda como un crimen perfecto? —se ríe.

—Voy a colgar.

—Te quiero, bruja.

—Yo también, loca. —Se podría decir que es la única persona que quiero de verdad—. Te escribo si me escribe.

—O si se mete en tus sueños.

Nos reímos, pero suelto rápido un...

—¡Adiós! —Y cuelgo entre risas.

Pero me quedo con esa sensación punzante. Miro el móvil. Nada.

Me levanto y voy hasta la cocina a por un vaso de agua. Y antes de irme a la cama, mientras Cronos me sigue con sus patitas

sigilosas y bosteza, me repito lo que me he dicho antes: *No voy a caer.*

Aunque algo dentro de mí no esté tan seguro.

Justo cuando apago la luz y me acomodo en la cama con un suspiro resignado, el móvil vibra en la mesita. Giro la cabeza lentamente y leo el mensaje.

Xander Cole: *Mañana. 9:00. Campo de entrenamiento. No llegues tarde.*

Sonrío con sarcasmo, bloqueo el móvil y murmuro al techo:
—Qué bien, el rey ha hablado.
Y ahora sí..., empieza el juego.



3

XANDER

No sé por qué he tardado tanto en mandarle ese maldito mensaje.

Bueno, sí lo sé. Pero tampoco es que me guste reconocerlo.

Después de colgarle el teléfono, he estado como veinte minutos dándole vueltas en el vestuario. A ella, a su olor y a saber que voy a tenerla muy cerca todo el rato.

Me he duchado en silencio mientras el resto del equipo bromeaba sobre alguna historia que no me interesaba. Y cuando me he puesto los pantalones y una camiseta limpia, el puto número seguía ahí, sin respuesta. Como si me estuviera retando.

«Ya te mandaré un mensaje con hora y lugar».

Mis propias palabras me sonaban como una excusa barata. ¿Tan difícil era escribir dos líneas? ¿Qué coño me pasaba?

No me cuesta tratar con chicas. Al contrario. Pero algo en esa voz me ha jodido el sistema. Era suave pero firme. Segura. Como si no necesitase nada de mí. Como si fuera yo el que estuviera en deuda con ella. Y eso me ha irritado.

Por eso he tardado tanto en mandar ese mensaje. Porque no la quiero trabajando conmigo. Porque no quiero tenerla a mi lado todo el día. Porque sé que va a ser una complicación.

Cuando he llegado a casa solo tenía ganas de echarme y meter

la cabeza entre almohadas. Pero ahí ha resonado su voz otra vez: *«Soy Gia Clarke, tu nueva asistente...»*.

He tirado la almohada contra la pared y he bufado. He apagado el móvil para convencerme de que eso iba a evitar mi responsabilidad de mandar el mensaje.

Y me he dormido. Y para sorpresa de nadie me he despertado por culpa de una pesadilla. Me he incorporado, he cogido el móvil y lo he encendido. La 1:00. Joder, era momento de mandar ese mensaje. Y eso he hecho.

Y ahora, aquí estoy, despierto probando de mi propia medicina. Ha pasado un buen rato desde que se lo he enviado, y no dejo de mirar el teléfono, esperando a que me responda. Pero es obvio que no lo va a hacer, y menos después de cómo le he hablado. O porque está dormida, claro.

Suspiro y me paso una mano por la cara. Dejo el móvil debajo de mi almohada e intento conciliar el sueño otra vez.

Me suena la alarma a las 7:30 a. m. y miro las notificaciones de mi móvil. Algunas del grupo de los chicos. Algunos mensajes en redes sociales de chicas con las que ya he tenido algo y nada, nada, por parte de Gia. Obvio.

Me siento en el borde de la cama, estiro el cuello mientras mis pies tocan el frío suelo. El apartamento está en silencio. Me gusta así. Sin ruido. Sin nadie.

Me dirijo a la cocina y saco un zumo de naranja de la nevera. Me preparo una tostada a la plancha con aguacate y huevos revueltos. Mi desayuno favorito.

Me siento a la mesa y pongo las noticias en la televisión. Nada interesante. Y nada de mí. Eso me gusta.

Me doy una ducha rápida, intentando no pensar en la reunión que tengo en menos de una hora. Intentando no pensar en ella. Pero es demasiado tarde. La curiosidad me está ganando. ¿Sería tan segura en persona? ¿Tan estirada como sonaba? ¿O sería una de esas chicas que se hacen las duras y luego no soportan el ritmo?

Me seco un poco el pelo sin mucho cuidado. Dejándolo al aire, como siempre, y me visto. Camiseta gris *oversize* y unos *joggers* negros.

Café, necesito mi café. Me pongo las gafas de sol, cojo las llaves del coche y salgo.

El aire de Seattle por la mañana está más limpio de lo que debería y la ciudad, demasiado tranquila para lo que tengo en la cabeza. Bajo las ventanillas del coche y conduzco hacia la pequeña cafetería en la esquina de Pike y 6th. No es nada del otro mundo, pero ellos saben cómo me gusta el café: doble *espresso* con un toque de vainilla, nada de azúcar y caliente como el mismísimo infierno.

—¿Lo de siempre, Xander? —me pregunta la chica del mostrador con una sonrisa extremadamente amable.

—Sí. Gracias. —No estoy de humor para sonreír.

Espero con las manos en los bolsillos. Mi teléfono vibra, y lo miro de reojo, aunque sé que no es ella. Un mensaje de Chase, seguramente, para recordarme lo de la fiesta. Genial.

Cojo el café, asiento en señal de agradecimiento y salgo de nuevo a la calle. Son las 8:30. El campo de entrenamiento está a veinte minutos de aquí. Llego con tiempo, pero no porque sea puntual, sino porque me gusta ver quién entra a su hora y quién se retrasa.

Hoy no va a ser un día normal. Hoy voy a conocer oficialmente a Gia Clarke.

Y por algún jodido motivo... me importa.

Son las 09:02.

Odio la impuntualidad.

Estoy apoyado contra la barandilla metálica del campo, con el café aún en la mano y las gafas de sol puestas. La mayoría del equipo no va a venir hasta dentro de una hora, así que tengo paz. De momento.

Me vuelvo hacia la entrada principal del complejo. Y entonces la veo.

Tacones. Vestido corto amarillo. Pelo suelto, castaño y ondulado, moviéndose al son de sus pasos.

Un bolso grande colgando del hombro y una carpeta sujeta contra el pecho.

Gia Clarke. Joder.

No sé qué me esperaba. Quizá más... neutra. Más formal. Más aburrida. Pero esto... esto es una jodida contradicción con piernas. Se mueve con seguridad, pero no está intentando impresionar a nadie. Sabe que llama la atención, pero no la busca. Es como si viniera de otro planeta, uno en el que las mujeres no necesitan esforzarse para ser un puto escándalo.

Trago saliva. Me paso la lengua por el labio de abajo y me lo humedezco. Se me tensa la mandíbula. No me gustan las sorpresas. Y ella lo es.

Se acerca. Mierda, tiene hoyuelos cuando sonrío. Y unos labios tan carnosos que podrían distraer a cualquiera con media neurona.

Pero yo no soy cualquiera.

—Xander Cole —dice, clavando sus ojos oscuros en mí.

No pregunta. No duda. Me nombra como si me conociera de toda la vida.

—La impuntualidad es un mal comienzo, Clarke.

Procede a echarle una ojeada al móvil, que tiene apoyado contra la carpeta.

—Llegar dos minutos tarde no es impuntualidad. Es tener vida —responde, sin inmutarse.

Casi se me escapa una sonrisa, pero no le voy a dar esa satisfacción. En vez de eso, me doy media vuelta, me quito las gafas y le hago una seña con la cabeza.

—Sígueme.

La guío por el pasillo hacia una sala de reuniones pequeña. Cristales tintados, una mesa larga en el centro y pantallas por todos lados. Silencio. Aquí nadie molesta.

Cierro la puerta tras ella.

Gia se sienta y deja su carpeta sobre la mesa. Se cruza de piernas. El vestido se pega a sus piernas y deja a la vista un pedazo

de muslo que no debería mirar. Pero lo hago. Obvio que lo hago.

No soy de piedra. Soy de carne, sangre, testosterona y mala leche. Y ella está empezando a calentarme el alma... y otras partes más útiles.

—Bien —dice; abre la carpeta y saca una *tablet*—. Quiero repasar tus horarios, partidos, rutinas y todo lo que necesite para organizarte el caos al que llamas vida.

Empezamos bien.

—¿Crees que mi vida es un caos? —replico, desafiante.

—No lo creo, lo sé —responde con total indiferencia.

No me gusta nada la gente que se cree que lo sabe todo de mí por el simple hecho de que yo sea famoso. O sea, ella no se equivoca en esto. Pero que lo dé por hecho tan rápido me molesta.

—No me conoces, Clarke. —Tamborileo con los dedos sobre la mesa.

—No me hace falta conocerte para saberlo, Cole.

Enarco una ceja.

—¿Y qué sabes de mí? —le pregunto.

Me mira de reojo, sin levantar la cabeza, y sonrío irónicamente.

—Lo justo. Lo suficiente. Lo que me dicen. Y lo que aparece si pones tu nombre en Google, por ejemplo.

¿En serio ha necesitado buscar mi nombre en Google para saber de mí? Viniendo de ella, que es una chica, me ofende un poco. Cualquiera mujer sabe bastante de mí. Tampoco es por ser egocéntrico, pero no ha habido ni una sola chica con la que haya mantenido más de diez minutos de conversación y que no lo supiera todo sobre mí.

—¿Has buscado mi nombre en Google? —La estudio con curiosidad.

—Soy tu asistente, no una *groupie*. —Se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Lo he hecho por necesidad, ya que no sabía si íbamos a tener esta conversación.

Toco la mesa con los dedos, divertido.

—Ya, eso dicen todas —le sonrío—, pero no lo parecía por cómo me has mirado al llegar.

Se incorpora un poco más en la silla.

—Perdona, ¿y cómo se supone que lo he hecho?

Me va a gustar esto.

—Como si te estuviera costando no quedarte con la boca abierta.

No aparta la vista de mí, y eso me incomoda y me gusta a la vez.

—¿Estás bien? ¿Tienes fiebre o siempre hablas así de egocéntrico? —Aprieta los labios.

Sonríó con ganas, por fin. Ahora sí. Esto empieza a gustarme.

—Me sorprende que no estés babeando. Es lo que suele pasar cuando las chicas me conocen en persona.

Se ríe echando el aire por la nariz.

—Sí, claro. Lo que suele pasar... —hace un gesto con la mano, señalándose la sien— en tu cabeza.

Se me escapa una carcajada breve. No lo puedo evitar. Tiene carácter. Y me pone nervioso. Y eso, en mí, es lo más parecido al deseo.

—¿Vas a enseñarme la agenda o vas a seguir intentando leerme la cartilla? —Me cruzo de brazos.

—¿Puedo hacer las dos cosas a la vez?

La muy cabrona me lanza una sonrisa ladina y enciende su *tablet*. Se echa un poco sobre la mesa, y es inevitable notar el escote sutil de su vestido. *Joder. Huélela, mírala, trágatela con los ojos..., pero no lo demuestres, Cole.*

Mientras habla sobre entrenamientos, horarios de vuelo, sesiones de fisioterapia y otros detalles técnicos, me doy cuenta de que he dejado de prestarle atención. Su voz es suave pero firme, y cuando habla se muerde ligeramente el labio inferior. Cuando se concentra saca un poco la punta de la lengua. Tiene algunas pequitas por el cuello, y una piel que debe de ser muy suave al tacto. Tiene unas manos bonitas. Dedos largos. Uñas impecables, sin exagerar.

Imagino cómo sería sentir su piel, o sus manos, en mi espalda, en mi pelo..., bajando más.

Céntrate, joder.

—¿Xander? —me dice de repente, enarcando una ceja—. ¿Has escuchado lo que acabo de decir?